

A detailed still life painting. In the center, an open wooden jewelry box with a red velvet interior and a diamond-patterned metal mesh on its front sits on a blue cloth. A long strand of pearls is draped over the box, with several pearls scattered on the cloth. To the right, a bouquet of white and pink roses is visible. In the background, a red velvet cushion and a yellow fabric are partially seen. A hand in a patterned sleeve is visible in the lower left, reaching towards the pearls.

Un armario de Joyas

Un capítulo seleccionado:
La piedra angular de la sinceridad
THOMAS BROOKS (1608-1680)

UN ARMARIO DE JOYAS

La piedra angular de la sinceridad

Contenido

1. El interior de un hipócrita nunca concuerda con su apariencia externa	3
2. Ningún hipócrita está completamente divorciado del amor y la afición por todo pecado conocido.....	4
3. Nunca está dispuesta a cumplir con todos los deberes conocidos.....	7
4. No hace de Dios su propósito supremo.....	9
5. Ningún hipócrita puede vivir entera y únicamente sobre la base de los méritos de Cristo.	12
6. Nunca acepta a un Cristo completo	13
7. No puede lamentarse del pecado como pecado.....	15
8. Ningún hipócrita habitualmente se ve a sí mismo como bajo o insignificante	19
9. Ningún hipócrita resistirá mucho tiempo en los caminos del Señor	22
10. Ningún hipócrita se dedica verdaderamente a poner su corazón en los deberes religiosos	26
11. Nunca realiza deberes religiosos por principios espirituales	28
12. Ningún hipócrita en el mundo ama la Palabra	32
13. No puede soportar ser puesto a prueba y escudriñado	34

Copyright 2024 Chapel Library. El texto original de este libro en inglés fue tomado del capítulo 4, “The Touchstone of Sincerity” de *A Cabinet of Jewels*, y es de dominio público. Impreso en EE.UU. Todas las citas de las Escrituras son de la versión RV1960. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica. Se concede expresamente permiso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

1) no se cobre más allá de una suma nominal por el coste de duplicación, y

2) se incluya este aviso de copyright y todo el texto de esta página.

Chapel Library envía materiales Cristócentricos de siglos anteriores a todo el mundo sin cargo alguno, confiando enteramente en la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean dar.

En todo el mundo, descarga gratuitamente el material de nuestro sitio web, o ponte en contacto con el distribuidor internacional indicado para tu país.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales Cristócentricos de siglos anteriores, ponte en contacto con

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street Pensacola, Florida 32505 EE. UU.

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Véase también Portavoz de la gracia 46, *Autoridad*, disponible en Chapel Library. El FGB es un compendio trimestral de seis a diez artículos de siglos anteriores, desarrollando un tema, con un tema diferente cada número. Solicite una suscripción

- en todo el mundo, libro electrónico gratuito enviado por correo electrónico:

www.chapellibrary.org/subscriptions/

- en Norteamérica, copia impresa gratuita enviada por correo: escriba a Chapel Library

- en un país con distribuidor internacional, copia impresa enviada por correo: escribenos directamente: www.ChapelLibrary.org/about/distributors/

UN ARMARIO DE JOYAS

La piedra angular de la sinceridad

La primera gran tarea a la que los hombres deben dedicarse en este mundo es la seguridad eterna de sus almas; la siguiente gran tarea es conocer y estar seguros de que todo estará bien con sus almas para siempre.

Un hombre puede tener gracia y, sin embargo, por un tiempo, no darse cuenta de ello; puede haber experimentado la obra salvadora de Dios en su alma y, sin embargo, no percibirla; puede tener la raíz de la cuestión en él y, sin embargo, no ser capaz de evidenciarlo.

Muchos, cuyas gracias son débiles y están muy enterradas bajo temores, dudas, fuertes pasiones, corrupciones prevalecientes o sugerencias diabólicas, se inclinan a sospechar de la debilidad de su gracia. Estos temen que, por la naturaleza engañosa de sus corazones, sean hallados hipócritas ante Dios. Pero el cristiano más débil puede recurrir a las pruebas claras y bien fundamentadas en este tratado, y desafiar a Satanás, diciéndole que demuestre, si puede, que alguna vez alguna persona profana, algún autoadulador, algún hipócrita astuto bajo el cielo tuvo tales pruebas o garantías tan justas como las que él puede mostrar para llegar al cielo.

Varias personas me han señalado hasta dónde puede llegar un hipócrita, pero mi propósito en este tratado es mostrar hasta dónde no puede llegar un hipócrita. Algunos han mostrado lo que es un hipócrita, y yo mostraré ahora lo que no es. Algunos han mostrado los muchos peldaños de la escalera de Jacob a los que puede subir un hipócrita, pero lo que me ocupa en este tratado es mostrarles los varios peldaños de la escalera de Jacob a los que ningún hipócrita bajo el cielo puede subir.

1. El interior de un hipócrita nunca concuerda con su apariencia externa.

El interior de un hipócrita es una cosa y su exterior otra cosa; un hipócrita es exteriormente limpio, pero interiormente impuro; es exteriormente glorioso, pero interiormente vergonzoso. Los hipócritas son como los potes de farmacéuticos, que tienen por fuera el título de algún excelente conservante, pero en su interior están llenos de algún veneno mortal. Son como los templos egipcios que eran hermosos por fuera, pero en su interior solo se encontraba serpientes, cocodrilos y otras criaturas venenosas.

Los hipócritas se ocupan más en tener buen nombre, que en tener un

buen corazón; en tener una buena reputación, que en tener una buena conciencia; son como los violinistas, más cuidadosos en afinar sus instrumentos que en vigilar sus espíritus. Los hipócritas son como plata blanca, pero dibujan líneas negras; tienen un exterior aparentemente santificado, pero por dentro están llenos de malicia, mundanalidad, orgullo y envidia. Son como cojines de ventana, hechos de terciopelo y bordados lujosamente, pero rellenos de heno. Un hipócrita puede ofrecer sacrificio como Caín, ayunar como Jezabel, humillarse como Acab, lamentarse con las lágrimas de Esaú, besar a Cristo como Judas, seguir a Cristo como Demas y ofrecer un trato por el Espíritu Santo como Simón el Mago y, sin embargo, a pesar de todo, su interior es tan malo como el de cualquiera de ellos.

Un hipócrita es un Catón¹ por fuera y un Nerón por dentro; un Jacob por fuera y un Esaú por dentro; un David por fuera y un Saúl por dentro; un Pedro por fuera y un Judas por dentro; un santo por fuera y un Satanás por dentro; un ángel por fuera y un diablo por dentro. Un hipócrita es un judío exteriormente, pero interiormente es un ateo, un pagano, un turco. He leído de ciertas imágenes que por fuera estaban cubiertas de oro y perlas y se asemejaban a Júpiter y Neptuno, pero por dentro no eran más que arañas y telarañas, una imagen adecuada de los hipócritas.

Ese monje dio en el clavo cuando afirmó: Ser un monje exteriormente es fácil, pero ser un monje interiormente es difícil. Ser cristiano exteriormente es fácil, pero ser cristiano en el interior y verdaderamente es muy difícil. El interior de un hipócrita nunca concuerda con su apariencia externa; su interior es vicioso y su exterior es religioso. Pero, que sepan todos esos hipócritas que la santidad fingida es doble iniquidad y, en consecuencia, al final se les tratará como corresponde.

2. Ningún hipócrita bajo el cielo está completamente divorciado del amor y la afición por todo pecado conocido.

Aún hay alguna lujuria secreta u otro pecado que, como un bocado dulce, enrolla bajo su lengua y no lo escupe. Todo hipócrita tolera algún mal en sí

¹ Nerón y Catón, dos personajes de la historia universal. Por un lado, Nerón, emperador romano investido de inmenso poder, pero uno de los más caóticos, impredecibles, caprichosos, autoritarios, compulsivos, corruptos y obsesivos de la historia del Imperio Romano y, Marco Porcio Catón o “Catón el Viejo” o el “Cauto Catón” o el “Censor severo”, censor durante el Imperio, funcionario muy admirado por su moral estricta e intachable.

Catón, desde su cargo de censor, luchó por la restauración de los valores y costumbres éticas y morales de sus antepasados. Se ganó el respeto de los romanos y un lugar privilegiado en la historia como hombre de moral escrupulosa y honrada porque sin dudarlo, reprendía a quienes veía abusar de los dineros del erario público y el mismo, jamás tocó una moneda que perteneciera a la República. *El Diccionario de la Real Academia Española* define la palabra catón como “censor severo”.

mismo y se toma la libertad de transgredir. Un hipócrita hará lo imposible por cubrir su conciencia y protegerse de sus reprimendas. Una vez que la bolsa fue confiada a la custodia de Judas, una vez que fue elegido para ese dulce oficio, rápidamente puso a la conciencia fuera del oficio, y nunca dejó de robar y chuparse los dedos mientras hubiera dinero en su bolsa.

Herodes tenía mucho conocimiento; escuchó predicar a Juan el Bautista y sus afectos se involucraron temporalmente e hizo muchas cosas buenas. Sin embargo, permaneció con Herodías, la mujer de su hermano, le quitó la vida a Juan el Bautista, despreció a Jesucristo y lo rechazó. Por más bien que pareciera comportarse Herodes, aún vivía en un pecado infame conocido, asesinó injustamente al mensajero de Dios y se burló y rechazó a Jesucristo como una persona vil. En el corazón de un hipócrita siempre reina sin control algún pecado.

Un hipócrita siempre guarda un huevo en su corazón o en su vida, para que Satanás se siente y lo incube. Jehú hizo muchas cosas valientes, sin embargo, siguió adorando sus becerros de oro. Naamán promete mucho, sin embargo, se inclina en el templo de Rimón. Los fariseos eran muy devotos, sin embargo, amaban las alabanzas de los hombres y los primeros asientos en las sinagogas. Los hipócritas hacen lo que esté a su alcance por salvar la vida de su pecado, aunque sea a expensas de su alma. Satanás puede estar satisfecho de que los hipócritas se sometan a Dios en muchas cosas, siempre y cuando sean fieles a él en alguna cosa. Él sabe muy bien que permitir un pecado y vivir en él le da tanta ventaja contra el alma, como si fueran muchos. Satanás puede sujetar a un hombre con una sola garra. Satanás sabe que permitir un pecado y vivir en él arruinará todos los deberes y servicios más dulces de un hombre, como una mosca muerta estropeará todo el contenido de un frasco de ungüento valioso, y como una cuerda disonante desentonará la música más dulce.

Se dice de Naamán el sirio que era un hombre valiente y victorioso, honorable y gran favorito de su príncipe, pero leproso. Lo mismo puede decirse de muchos hipócritas: tienen tales o cuales deberes gloriosos, pero viven y se permiten tal o cual pecado, y eso empaña la belleza de todos sus servicios. Satanás sabe que permitir un solo pecado y vivir en él condenará a un hombre con tanta certeza como si fueran muchos; como una enfermedad, como una parte ulcerosa, puede matar a un hombre con tanta certeza como si fueran muchos. Satanás sabe que permitir un solo pecado y vivir en él hará a un hombre tan impuro a los ojos de Dios como si fueran muchos. En la ley, si el leproso tenía la mancha de la lepra en cualquier parte de su cuerpo, era considerado leproso, aunque todo el resto de su cuerpo estuviera sano e intacto. Así también, el que permite la mancha de la lepra del pecado en cualquier parte de su alma es un leproso espiritual a los ojos de Dios; es

inmundo, aunque en otras partes no lo sea.

Satanás sabe que permitir un solo pecado y vivir en él, separará a Cristo y al alma con la misma eficacia que si fueran muchos, como una piedra en la cañería que impide el paso del agua con la misma eficacia que muchas. Satanás sabe que permitir un solo pecado y vivir en él abrirá camino a muchos más, como un ladrón puede abrir la puerta para que entren muchos más. Satanás sabe que permitir un solo pecado y vivir en él cerrará tan ciertamente al alma la puerta al cielo como si fueran muchos. Un enemigo puede cerrar la puerta a un hombre tanto como muchos, y ¿qué diferencia hay entre el hombre que es excluido del cielo por vivir en muchos pecados y el que es excluido del cielo por vivir en un solo pecado? Permitir un pecado y vivir en él armará la conciencia contra un hombre, como si fueran muchos. Si hay solo una grieta en el vaso de miel, allí estarán zumbando las avispas. Permitir y tolerar un solo pecado corromperá la música de la conciencia. Permitir y vivir en un solo pecado hará que la muerte sea tan terrible y tan espantosa para el alma, como si fueran muchos.

Una escritura en la pared hizo que el rostro del rey Belsasar cambiara, que sus pensamientos se turbaran, que las coyunturas de sus lomos se aflojaran y que sus rodillas se golpearan unas contra otras. Ahora bien, todo esto lo sabe Satanás, y por eso se esfuerza poderosamente por hacer que los hipócritas vivan en la permisividad de algún pecado. Recuerda que, así como un agujero en un barco lo hundirá, como una puñalada en el corazón matará a un hombre, como un vaso de veneno envenenará a un hombre y como un acto de traición convertirá a un hombre en traidor, así también permitir un solo pecado y vivir en él condenará a un hombre para siempre. Una herida hiere de muerte a Goliat, igual que veintitrés hirieron de muerte a César; una Dalila le hará a Sansón tanto daño como todos los filisteos; una vena sangrante acabará con todos los signos vitales tanto como muchas; una hierba amarga echará a perder todo el potaje. Un Acán era un problema para todo Israel; un Jonás era una carga demasiado pesada para todo un barco, así que permitir un solo pecado y vivir en él es suficiente para hacer a un hombre miserable para siempre. Una piedra de molino hundirá a un hombre en el fondo del mar tanto como cien; de la misma manera, permitir y ser indulgente con un solo pecado hundirá a un hombre en el fondo del infierno tanto como si fueran cien pecados.

He leído acerca de un gran capitán romano que, mientras paseaba triunfalmente en su carro por Roma, no apartaba los ojos de una cortesana que caminaba por la calle, lo que llevó a alguien a decir: ¡Vean cómo este gran capitán, que ha conquistado tales y tales ejércitos, está siendo conquistado por una mujer tonta! No hay hipócrita en el mundo que no esté bajo la conquista de una u otra lujuria vil, que no viva bajo el dominio y la supremacía

de algún pecado. Esa alma que puede apelar con sinceridad al Dios que escudriña los corazones, que se comporta de otra manera con Él, es decir, que no vive ni se permite ningún camino o práctica pecaminosa, esa alma, me atrevo a asegurar en el nombre del Señor, no es un hipócrita.

3. Como el corazón de un hipócrita nunca se somete completamente a una disposición de renunciar a todo deseo pecaminoso, tampoco su corazón se somete completamente a una disposición de cumplir con todos los deberes conocidos.

A veces, está completamente dedicado a los deberes públicos, pero no tiene conciencia de los deberes privados o familiares; a veces, está completamente dedicado a los deberes de la primera tabla, pero no tiene conciencia de los deberes de la segunda tabla; y a veces, está completamente dedicado a los deberes de la segunda tabla, pero no tiene conciencia de los deberes de la primera tabla. Si obedece un mandamiento, vive voluntariamente en la negligencia de otro; si realiza un deber, seguramente descuidará otro; así como no está dispuesto a romper con cada pecado, tampoco está dispuesto a comprometerse con cada deber. La obediencia de un hipócrita siempre es parcial, nunca es universal; siempre se resiste o se desconcierta con aquellos mandamientos que van en contra de sus deseos.

Los fariseos ayunaban, oraban, daban limosna y pagaban el diezmo, pero omitían «lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe» (Mt 23:23). Eran inhumanos con los padres y, con el pretexto de orar, devoraban las casas de las viudas. Con el pretexto de la piedad, perpetraban actos de avaricia, injusticia y crueldad, dirigidos particularmente hacia las viudas, quienes comúnmente son objeto de compasión y caridad. No titubeaban en despojar a las viudas, con el pretexto de honrar a Dios. Así, Judas, con el pretexto de guardar para los pobres, los despojó; pretendía guardar para los pobres, pero su verdadera intención era guardar para sí mismo y resguardarse ante eventualidades futuras.

Es probable que no tuviera muchas ganas de quedarse mucho tiempo con su Señor y, por lo tanto, estaba decidido a hacer lo que fuera más conveniente para sí mismo. Mientras Judas se preparaba para independizarse, oculto bajo un velo de santidad, perpetraba la más profunda traición. Aunque el águila alza vuelo a grandes alturas, su mirada está fija en su presa; de manera similar, Judas ascendió notablemente en su posición, pero sus ojos seguían enfocados en su propia ganancia, en sus bolsillos. Estaba dispuesto a asegurarse de obtener beneficios personales, sin importar a quién perjudicara en el proceso. Su deseo de riqueza no conocía límites, sin importarle que su Señor y Sus

seguidores se sumieran en la pobreza. A pesar de sus aparentes virtudes y santidad, Judas carecía incluso de la honestidad más básica.

A menudo, la falsa santidad se emplea como una fachada para aparentar virtud, pero ciertamente sería mejor para el filósofo tener honestidad sin religión que tener religión sin honestidad. Un hipócrita puede ejercitarse en algunos deberes externos, fáciles y ordinarios de la religión, pero ¿cuándo verás a un hipócrita poner el hacha a la raíz del árbol, examinar y probar su propio corazón, juzgar severamente sus pecados internos, lamentarse humildemente y llorar por sus corrupciones secretas, redoblar el cuidado de su propia alma, regocijarse en las gracias, servicios o excelencias de otros, esforzarse o tratar de avanzar hacia los niveles más altos de gracia, santidad y comunión con Dios, esforzarse más por sacar la viga de su propio ojo que la paja del ojo de su hermano o ser más severo contra sus propios pecados que contra los pecados de los demás? ¡Ay! Un hipócrita está tan lejos de practicar estos deberes, puesto que los considera superfluos o imposibles.

La obediencia de un hipócrita siempre es limitada y escasa. Se limita a los mandamientos que son más convenientes para su comodidad, seguridad, honor, beneficio y placer, o se limita al aspecto externo del mandamiento, sin extenderse jamás a la dimensión interna y espiritual, como puede verse en los escribas y fariseos. Su obediencia era completamente externa; no tenían en cuenta los aspectos internos y espirituales de ningún mandamiento. No asesinaban, no cometían adulterio, observaban los aspectos externos del mandamiento; sin embargo, Cristo los acusa de pensamientos injustos y adúlteros, miradas impuras, malicia contemplativa, especulaciones inmorales, entre otros, ya que no valoraban en lo absoluto la dimensión interna y espiritual de cualquiera de los mandamientos.

La gracia común mira solo a algunos deberes particulares, pero la gracia salvadora mira a todos. La gracia renovadora se dirige tanto a lo positivo como a lo negativo; nos enseña a dejar de hacer el mal y nos enseña también a hacer el bien. Nos enseña a renunciar a toda impiedad y deseos mundanos, y también a vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo presente. Estas palabras contienen la suma del deber de un cristiano. Vivir sobriamente para con nosotros mismos, justamente para con nuestro prójimo y piadosamente para con Dios es, en efecto, la verdadera piedad y todo el deber del hombre.

No hay hipócrita en el mundo que pueda apelar sinceramente a Dios y decir: ¡Señor! Tú sabes que mi corazón está sometido voluntariamente a cumplir todos los deberes conocidos; de buena gana haría lo mejor que pudiera para observar todas Tus leyes reales. ¡Señor! Deseo sinceramente y me esfuerzo de verdad por tener en cuenta cada uno de Tus mandamientos y vivir de acuerdo con todos ellos. Es verdaderamente el pesar de mi corazón y la carga diaria de mi alma cuando violo alguna de Tus benditas leyes. Quien

pueda dirigirse así a Dios con rectitud, no se perderá en el mundo venidero.

4. El hipócrita no hace de Dios (de Cristo, la santidad o el hacer el bien o recibirlo en cualquiera que sea su posición, relación o generación) su propósito supremo, la meta más elevada, el fin último de su existencia en el mundo.

Los placeres, las ganancias y los honores son lo único a lo que aspira el hipócrita en este mundo; son su trinidad a la que adora y sirve, y por la que se sacrifica. Los propósitos del hipócrita son corruptos y egoístas. Posiblemente Dios estaría por debajo de sí mismo. Un hipócrita solo busca su propia gloria; actúa para sí mismo y desde sí mismo. Con tal de yo obtener el beneficio, el crédito, la gloria, el aplauso, ¡que pase con la gloria de Dios lo que tenga que pasar! Este es el lenguaje de un corazón enfermo. Un hipócrita parecerá muy piadoso cuando pueda obtener ganancias de la piedad; parecerá muy santo cuando la santidad sea el camino hacia la grandeza y la felicidad externa, pero su maldad religiosa condenará al hipócrita al final.

Los objetivos propios son los ingredientes operativos en todo lo que hace un hipócrita; el yo es el motor principal, el yo es la gran rueda que pone en marcha todas las ruedas de un hipócrita. Cuando los hipócritas toman la religión es solo para servir a sus propios intereses, para lograr sus propios fines carnales; no sirven al Señor, sino a sus propios estómagos. Utilizan la religión solo como un arroyo que hace girar su propio molino y, de manera más hábil, para llevar a cabo sus propios proyectos carnales. Simón el Mago quiere ser bautizado y tiene un gran deseo de tener el poder de dar el Espíritu Santo a otros, pero su objetivo es solo obtener renombre y conseguir dinero. Pedro le dice en su cara que su corazón no era recto a los ojos de Dios. Ningún hombre puede ir más allá de sus principios y, por lo tanto, ya que el hipócrita no tiene principios más elevados que él mismo, todo lo que hace debe necesariamente terminar en sí mismo. Como todos los ríos que vienen del mar regresan de nuevo al mar de donde vienen, así todos los deberes que surgen del hombre, deben necesariamente centrarse en el hombre mismo. El objetivo de un hipócrita en su servicio siempre es él mismo; sin embargo, estos hipócritas deben comprender que, por muy noble que sea su profesión y por abundantes que sean sus deberes, si sus objetivos son egoístas y terrenales, todas sus pretensiones y actuaciones no son más que hermosas abominaciones a los ojos de Dios.

El hipócrita siempre tiene un ojo desviado, objetivos desviados e intenciones desviadas en todo lo que hace. Balaam hablaba de manera muy religiosa y multiplicó altares y sacrificios, pero lo que tenía en mente era el salario de la injusticia. Jehú destruyó la casa sangrienta de Acab, ejecutó la venganza de

Dios sobre esa familia malvada. Destruyó a todos los adoradores de Baal de manera voluntaria, resuelta y efectiva, pero su propósito era asegurar el reino para él y los suyos. Acab y los ninivitas ayunaron con cilicio, pero fue simplemente para evitar tener que experimentar las graves calamidades que tenían que les sobrevendrían. Los judíos en Babilonia lloraron y ayunaron setenta años, pero fue más para librarse de sus cadenas que de sus pecados, más para deshacerse de su cautiverio que para deshacerse de su iniquidad. Así como el águila tiene los ojos puestos en su presa cuando vuela más alto, estos judíos, en todo su ayuno, oración y lamento, solo tenían en mente su propia comodidad, rescate y liberación. En el desempeño de sus deberes religiosos, actuaban motivados por principios malignos y lo llevaban a cabo por motivos egoístas; por lo tanto, Daniel declara que durante los setenta años de cautiverio, no habían orado con algún propósito significativo. «Todo este mal vino sobre nosotros; y no hemos implorado el favor de Jehová nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y entender Tu verdad» (Dn 9:13).

Es el fin el que dignifica o envilece la acción, el que la rectifica o adúltera, el que pone sobre su cabeza una corona de honor o una corona de vergüenza. Es un hipócrita el que comúnmente y de forma habitual, en todos sus deberes y servicios, no se propone tener fines más elevados que obtener las alabanzas y las recompensas de los hombres, acallar su conciencia, evitar el castigo, escapar de la ira venidera. Las intenciones de las acciones de un hombre son siempre una gran revelación de sinceridad o hipocresía. Al igual que los grandes dones desprovistos de sinceridad no nos embellecen, de la misma manera, las grandes debilidades que carecen de hipocresía no constituyen defectos notables para nosotros. Los propósitos de un hipócrita siempre se sitúan por debajo de Dios; están lejos de glorificar y exaltar a Dios, caminar con Él y disfrutar de la comunión con Él. En todas sus acciones, el hipócrita busca sus propios fines mediocres, poco nobles o egoístas.

Pero, para un cristiano sincero, sea que ore o escuche, ayune, se arrepienta u obedezca, la gloria de Dios es el fin principal de todo. La gloria de Dios es su fin más elevado, su fin supremo. Un cristiano sincero puede estar contento con ser pisoteado y denigrado, siempre y cuando el nombre de Dios sea glorificado. La inclinación de tal corazón es hacia Dios y Su gloria. Solo la sinceridad puede elevar el alma tan alto, ya sea en las acciones naturales, civiles o religiosas, con el propósito de buscar la gloria de Dios. Un cristiano sincero atribuye toda la alabanza a Dios, coloca la corona únicamente en la cabeza de Cristo, pone a Dios en el trono y todo lo demás a Su servicio o como estrado de Sus pies. Todo debe inclinarse ante Dios o ser pisoteado en el polvo. Él no amará nada, no aceptará nada que no eleve a Dios o lo acerque más a su corazón. La gloria de Dios es el objetivo que el cristiano sincero tiene ante sus ojos. El cristiano sincero no vive para sí mismo, sino para

aquel que vive por siempre; no vive en este mundo según su propia voluntad, grandeza, gloria o según sus lujurias, sino que vive para la gloria de Dios, la cual estima más que su propia vida. Al igual que los vasos brillantes de oro no retienen los rayos del sol que reciben, sino que los reflejan de nuevo hacia el sol, así el cristiano sincero devuelve y refleja de nuevo al Sol de justicia la alabanza y la gloria de todos los dones, gracias y virtudes que ha recibido de Él. El lenguaje diario de las almas sinceras es este: No a nosotros, oh, Jehová, no a nosotros, sino a Tu nombre da gloria.

Un cristiano sincero se preocupa por dar a cada uno lo que le corresponde; cuánto más, entonces, se preocupa por darle a Dios lo que le corresponde. Ahora bien, la gloria es el derecho de Dios, y Dios insiste en que le demos la gloria que le corresponde a Su nombre, como se puede ver en el Salmo 29:1-2. Esta acción de dar se enfatiza tres veces en esos dos versículos: «Tributad a Jehová... dad a Jehová... dad a Jehová la gloria debida a Su nombre». La gloria es el derecho de Dios y Él insiste en Su derecho. Esto lo sabe el cristiano sincero, y por eso le da lo que es Su derecho, le da el honor y la gloria que es debida a Su nombre.

Pero, por favor, no me malinterpretes: no digo que aquellos que son verdaderamente sinceros realmente se enfoquen en la gloria de Cristo en todas sus acciones. ¡Oh, no! Este es un estado deseable en la tierra, pero nunca se alcanzará hasta que lleguemos al cielo. Los objetivos e intenciones viles seguirán estando listos para escabullirse en los mejores corazones, pero todos los corazones sinceros suspiran y gimen por ellos. Llevan su queja ante Dios por ellos y claman justicia, justicia sobre estos objetivos viles. Su alma anhela fervientemente y se esfuerza cada día por librarse de ellos. Por lo tanto no se le imputarán, ni le impedirán recibir cosas buenas. Ahora, observa a un cristiano sincero en su curso ordinario, habitual y usual, y descubrirás que sus objetivos y metas en todas sus acciones y empeños son glorificar a Dios, exaltarlo y enaltecerlo en el mundo. Si el hipócrita verdaderamente tuviera como propósito la gloria de Dios en sus acciones, entonces esa gloria de Dios debería absorber sus objetivos secundarios y fines terrenales, al igual que la vara de Aarón se tragó las varas de los magos.

Aquel que establece la gloria de Dios como su fin primordial descubrirá que su fin principal, poco a poco, devorará todos los fines bajos y viles. Como las vacas flacas de Faraón devoraron a las gordas, así la gloria de Dios devorará todos esos objetivos gordos y mundanos que se acumulan en el alma en la obra religiosa. Cuando la gloria de Dios se mantiene como el objetivo supremo de una persona, todos los propósitos bajos y viles se mantendrán a raya.

Por lo tanto, es evidente que un hipócrita, en todas sus transacciones, se enfoca en sí mismo y busca el avance y la ventaja personal. De la misma manera que un hipócrita no puede crear un mundo y deshacerse a sí mismo,

así el hipócrita es incapaz de hacer de la gloria y exaltación de Dios su fin más elevado o su objetivo supremo en lo que hace.

5. Para la justificación y la salvación, ningún hipócrita puede vivir entera y únicamente sobre la base de la justicia de Cristo, la satisfacción de Cristo y los méritos de Cristo.

Los escribas y fariseos hipócritas oraban y ayunaban, guardaban el sábado y daban limosna, entre otras cosas, y ponían su confianza en esta justicia legal. Ellos echaron el peso de sus almas y el énfasis de su salvación sobre el desempeño de estos y otros deberes similares, y así perecieron para siempre. Un hipócrita se apoya en sus acciones y nunca levanta su mirada hacia arriba, a la justicia de Cristo. Considera sus deberes como una inversión válida para el cielo, teje una red de justicia para vestirse con ella; nunca busca una justicia más gloriosa para ser justificado que la suya propia, y así desprecia la justicia de Cristo: «Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios» (Ro 10:3). El primer paso para la salvación es renunciar a nuestra propia justicia y el paso siguiente es abrazar la justicia de Cristo, que se ofrece gratuitamente a los pecadores en el evangelio, pero estas cosas el hipócrita no las tiene en cuenta, no las considera.

La justicia de un hipócrita no solo es imperfecta, sino impura: un trapo, un trapo de inmundicia. Por tanto, el que se apoya en una justicia así, necesariamente se perderá por toda la eternidad. ¿Quién afirmará que un hombre que puede volar al cielo sobre las alas de sus propios deberes y servicios necesita un salvador? Si los deberes de un hombre pueden apaciguar y satisfacer una ira y justicia infinitas, entonces Cristo es echado fuera y los deberes son bienvenidos. Quien confía en su propia justicia para la vida y la justificación debe quedarse en este lado de la salvación; aquel que confía en sus deberes, su conocimiento, elocuencia, capacidad de memorización o don de la oración, aunque pueda acercarse al cielo y tener buenas perspectivas, nunca podrá entrar en el cielo. Ahora, qué triste es para un hombre perderse a sí mismo y su alma en un desierto de deberes, cuando está en las fronteras, sí, en el mismo borde de la tierra santa. Quien confía en su propia justicia o desempeño como medio para obtener el favor de Dios o la salvación de su alma se engañará a sí mismo de tal manera que se perderá para siempre.

La falta de sumisión a la justicia de Cristo mantiene a Cristo y al hipócrita separados. Cristo nunca amará ni se deleitará en poner la fina, limpia y blanca vestidura de lino de Su propia justicia sobre la vieja vestidura, los trapos viejos de los deberes de un hipócrita; tampoco Cristo se deleitará en poner Su vino nuevo en tales odres viejos. La confianza de un hipócrita en su propia justicia

convierte su justicia en inmundicia. Pero un cristiano sincero renuncia a su propia justicia, renuncia a toda confianza en la carne; considera su propia justicia como basura, sí, como «carne de perros», según algunos interpretan esta palabra en Filipenses 3:8. Ya no dirá a sus deberes, a las obras de sus manos: «Dioses nuestros» (Os 14:3). Cuando miran la santidad de la naturaleza de Dios, la justicia de Su gobierno, la severidad de Su ley, el terror de Su ira, ven una necesidad absoluta e indispensable de una justicia más gloriosa.

Un cristiano sincero asigna el precio y el valor más alto a la justicia de Cristo: «Haré memoria de Tu justicia, de la Tuya sola» (Sal 71:16). Nota el doble énfasis, «Tu justicia» y «la Tuya sola». Un cristiano sincero está convencido de la naturaleza, el valor y la excelencia de la justicia de Cristo, y por eso exclama: «Haré memoria de Tu justicia, de la Tuya sola».

Un cristiano sincero se regocija en la justicia de Cristo por encima de todo: «En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas» (Is 61:10). Un cristiano sincero se apoya en la justicia de Cristo como en un fundamento seguro: «Y se dirá de Mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza» (Is 45:24). Alguien que estaba a punto de morir expresó estas dulces y preciosas palabras: «Confieso», dijo, «que no soy digno; no tengo méritos propios para obtener el cielo, pero mi Señor tenía un doble derecho a ello: un derecho hereditario como Hijo y un derecho meritorio como sacrificio. Él se contentó con el derecho como Hijo, y el otro derecho me lo ha dado a mí. En virtud de ese regalo, reclamo legítimamente mi lugar y no soy condenado».

Un cristiano sincero considera la justicia de Cristo como aquello que lo hace más excelente y glorioso a los ojos de Dios: «Y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe» (Fil 3:9). Un cristiano sincero ve la justicia de Cristo como su única seguridad contra la ira venidera. La ira venidera es la mayor ira, es la ira más pura, es la ira infinita, es la ira eterna. Ahora, el cristiano sincero no conoce ningún camino bajo el cielo para resguardarse de la ira venidera, excepto al ponerse el manto de la justicia de Cristo.

Recuerda esto, no hay un hipócrita en el mundo que esté más complacido, satisfecho, encantado y contento con la justicia de Cristo, que con la suya propia. Aunque un hipócrita puede estar muy ocupado con deberes, nunca vive por encima de sus deberes. Él lo hace para obtener vida y descansa en estas obras, y esto prueba su herida mortal.

6. Un hipócrita nunca acepta a un Cristo completo.

Nunca puede encontrar su pleno y eterno descanso, satisfacción y contentamiento en la persona de Cristo, en los méritos de Cristo, en el disfrute de

Cristo solamente. Ningún hipócrita ha anhelado y agonizado jamás por el disfrute de Cristo como lo mejor que existe en todo el mundo. Ningún hipócrita ha valorado a Cristo, no solo como el Salvador, sino como el que santifica. Ningún hipócrita ha mirado o anhelado intensa y adecuadamente a Cristo para ser librado de la ira venidera. Ningún hipócrita puede amar realmente a la persona de Cristo o encontrar satisfacción en la persona de Cristo. Los rayos y relámpagos de la gloria de Cristo nunca han deleitado su corazón; no sabe lo que significa la comunión con Cristo. Un hipócrita puede amar el ser sanado, ser perdonado y ser salvado por Cristo, pero no puede encontrar su complacencia en la persona de Cristo; su corazón no persigue seriamente la unión con Cristo. El amor de un cristiano sincero se dirige mucho a la persona de Cristo. El cielo mismo, sin Cristo, sería para tal alma solo algo deplorable, bajo, pequeño, incómodo y vacío. La persona de Cristo es el diamante resplandeciente en el anillo de la gloria.

En el mundo no hay ningún hipócrita sinceramente dispuesto a recibir a Cristo en todos Sus oficios y a aceptarlo en los términos del evangelio. Los términos en los que Dios ofrece a Cristo en el evangelio son estos: que aceptemos a un Cristo completo con un corazón completo. Ahora, un Cristo completo incluye todos Sus oficios, y un corazón completo incluye todas nuestras facultades. Cristo como mediador es rey, sacerdote y profeta, y así Dios Padre lo ofrece en el evangelio. La salvación era una obra demasiado grande y gloriosa para que uno solo de los oficios de Cristo la completara y la perfeccionara.

Cristo, como profeta, nos instruye; como sacerdote, nos redime e intercede por nosotros; y como rey nos santifica y salva. El apóstol dio en el clavo al decir: «Nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1Co 1:30). Considera a Cristo como nuestro profeta, y así ha sido hecho para nosotros sabiduría; considera a Cristo como nuestro sacerdote, y así ha sido hecho para nosotros justicia y redención; considera a Cristo como nuestro rey, y así ha sido hecho para nosotros santificación y santidad. Un hipócrita puede estar dispuesto a aceptar a Cristo como sacerdote para salvarlo de la ira, de la maldición, del infierno, del fuego eterno, pero nunca está sinceramente dispuesto a abrazar a Cristo como profeta para enseñarlo e instruirlo, ni como rey para gobernarlo y reinar sobre él.

Muchos hipócritas pueden estar dispuestos a recibir a un Señor Jesús; pueden estar dispuestos a abrazar a un Cristo salvador, pero no están dispuestos a abrazar a un Cristo reinante, a un Cristo autoritativo: «No querían que Yo reinase sobre ellos» (Lc 19:27). «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (Mt 23:37). «Y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Jn 5:40).

«A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Jn 1:11).

Un hipócrita está dispuesto a recibir a Cristo en un oficio, pero no en todos los oficios. Esta es la piedra de tropiezo ante la cual los hipócritas tropiezan y caen, y son despedazados. Ciertamente Cristo es tan amable y hermoso, tan deseable y deleitoso, tan eminente y excelente en un oficio como en otro; y, por lo tanto, lo justo y recto ante Dios es que los hipócritas que no lo reciban en todos los oficios, no obtengan beneficio de ninguno de Sus oficios.

Podemos distinguir entre los diversos oficios de Cristo, pero nunca debemos separarlos. Al empeñarse en separar un oficio de Cristo de otro, muchos se han privado por completo de las ventajas o beneficios de Cristo. Los hipócritas aman compartir con Cristo en Su felicidad, pero no aman compartir con Cristo en Su santidad. Están dispuestos a ser redimidos por Cristo, pero no están dispuestos de corazón a someterse a las leyes y al gobierno de Cristo; están dispuestos a ser salvos por Su libro, pero no están dispuestos a someterse a Su cetro. A los hipócritas les gustan los privilegios del evangelio, pero no les gustan los servicios del evangelio, especialmente aquellos que son más internos y espirituales. Pero un cristiano sincero reconoce a Cristo en todos Sus oficios, lo recibe en todos Sus oficios y se une a Cristo en todos Sus oficios. Lo acepta, no solo como un Cristo Jesús, sino también como un Cristo que gobierna. Los colosenses lo recibieron como Cristo Jesús el Señor; recibieron a un Cristo Señor además de un Cristo Salvador; recibieron a Cristo como un Rey en Su trono, así como un sacrificio en Su cruz.

Dios Padre en el evangelio ofrece un Cristo completo. Predicamos a Cristo Jesús el Señor y, en consecuencia, un cristiano sincero recibe a un Cristo completo, recibe a Cristo Jesús el Señor. Él dice con Tomás: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Jn 20:28); toma a Cristo como su sabiduría así como su justicia, y lo toma como su santificación así como su redención. Un hipócrita está completamente a favor de un Cristo que salva, que perdona, que glorifica el alma, pero no estima a un Cristo que gobierna, que reina, que domina y que santifica, y esto al final será el pecado que lo condenará.

7. Un hipócrita no puede lamentarse del pecado como pecado, ni entristecerse por el pecado como pecado, ni odiar el pecado como pecado.

Observa, odiar el pecado no es simplemente abstenerse de pecar, como lo hizo Balaam, aun cuando fue tentado a hacerlo. Odiar el pecado no es simplemente confesar el pecado, como lo hicieron Faraón y Judas. Odiar el pecado no es simplemente tener miedo de pecar, porque esto puede darse incluso cuando no hay odio hacia el pecado. Odiar el pecado no es simple-

mente lamentarse por los efectos y frutos terribles que el pecado puede producir, como lo hicieron Acab y los ninivitas. Quien teme el pecado por el infierno, no teme al pecado sino al fuego; pero, verdaderamente odia el pecado aquel que lo odia como al propio infierno. Se decía de uno de los antiguos que, si el infierno y el pecado estuvieran ante él, preferiría caer en el infierno antes que caer en el pecado. Aquí había un verdadero odio hacia el pecado. Un hipócrita puede sentirse afligido por el pecado, porque mancha su nombre, hiere su conciencia, conlleva disciplina y destruye su alma, lo excluye del cielo y lo arroja al infierno. Sin embargo, nunca se aflige por el pecado, nunca llora por el pecado, nunca odia el pecado porque es contrario a la naturaleza de Dios, al ser de Dios, a la ley de Dios, a la gloria de Dios, al designio de Dios, o por el mal que hay en la naturaleza del pecado, o por el poder de contaminar y corromper que tiene el pecado. El verdadero odio al pecado es universal; es de todo tipo. El que odia a un sapo porque es sapo odia a todo sapo, y el que odia a un hombre porque es santo odia a todo hombre santo. Así, el que odia el pecado porque es pecado odia todo pecado: «Aborrecí todo camino de mentira» (Sal 119:128). El verdadero odio es siempre contra la totalidad de una cosa.

Todo cristiano sincero tiene en sí un odio general a todo camino falso, y no se atreve a permitirse el menor pecado. «Lo que hago, no lo entiendo» (Ro 7:15). «Aborreced lo malo» (Ro 12:9). La palabra griega para aborrecer es muy significativa. El tiempo verbal simple implica una detestación extrema, que se agrava con la composición. La palabra significa odiar el mal como al mismo infierno. Aunque un hipócrita pueda odiar algunos pecados, «Tú que abominas de los ídolos» (Ro 2: 22), eso se debe a alguna indisposición peculiar y particular hacia un pecado en particular. Pero este odio hacia este o aquel pecado en particular no surge de una condición interna o de principio de gracia, como lo hace en el que es un cristiano sincero. Y esto porque la oposición al pecado que está en un verdadero cristiano, que surge de esa condición de gracia interior, es a toda especie o tipo de pecado, y es irreconciliable con cualquier pecado. Así como los opuestos de la naturaleza se aplican a toda la especie, como la luz es contraria a toda oscuridad y el fuego a toda agua, así esta oposición al pecado que surge del hombre interior es universal para todo pecado. Aunque un cristiano sincero no alcance una victoria total sobre todo pecado, existe en él una oposición universal a todo pecado. La victoria implica fortaleza, la oposición implica cierta naturaleza. Por eso, un hipócrita puede odiar un pecado y amar otro, porque no hay en él la naturaleza de la gracia la cual se opone a todo pecado.

La naturaleza interior de un cristiano debe ser juzgada por la oposición universal de su hombre interior a todo pecado. Ahora bien, esta oposición uni-

versal a todo pecado engendrará un conflicto universal con todo pecado. Recuerda esto: La oposición universal al pecado solo puede encontrarse en un hombre que es sincero. Esta oposición universal al pecado evidencia un estado interno de gracia, y esto es lo que diferencia a un verdadero cristiano de un hipócrita, el cual puede oponerse a algunos pecados por otros principios y razones. Un hipócrita puede enojarse con ciertos pecados porque estos le traen castigos dolorosos, hieren su conciencia, perturban su paz, amargan sus bendiciones y socavan sus consuelos, incluso exponiéndolo a la ira y llevándolo a las puertas del infierno. Sin embargo, nunca puede odiar al pecado como pecado.

Un hipócrita odia unos pecados pero le gustan otros, aborrece unos pero ama otros, se opone a unos pero practica otros, como el ángel de la iglesia de Éfeso, que aborrecía las obras de los nicolaítas, pero amaba la tibieza espiritual. Muchos hombres detestan el robo pero aman la avaricia, aborrecen la prostitución pero les gusta lo profano. No hay hipócrita bajo el cielo que pueda decir verdaderamente: Odio todo camino falso; pero un cristiano sincero odia todos los caminos pecaminosos, especialmente y en primer lugar el suyo propio. Un corazón recto no deja ningún hueco para que Satanás lo incube, pero el hipócrita siempre lo hace. En el verdadero aborrecimiento al pecado hay cinco cosas visibles:

a. El verdadero odio incluye una detestación extrema.

Toda aversión no es odio, pero el verdadero odio es una aversión extrema: «Las apartarás como trapo asqueroso; ¡Sal fuera! les dirás» (Is 30:22); «Aquel día arrojará el hombre a los topos y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorasen» (Is 2:20). Su aborrecimiento debería ser tan grande que deberían arrojar sus ídolos más costosos de plata y oro a los rincones más oscuros, desagradables y polvorientos. Para probar la sinceridad de su conversión a Dios, deberían odiar y aborrecer, abandonar y abolir sus ídolos de oro y plata que valoraban por encima de todos los demás.

b. El verdadero odio incluye la separación sincera.

El que odia su pecado desearía ser separado de él: «Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia» (2Co 5:4). Para el cristiano sincero no hay una carga tan pesada y agobiante sobre su espíritu como el pecado, y por eso gime por ser liberado de él. En la ley, el que odiaba a su mujer le pedía el divorcio. El que verdaderamente odia el pecado presenta muchas solicitudes en el tribunal del cielo para ser divorciado eternamente de su pecado.

c. El verdadero odio incluye una enemistad irreconciliable.

El que odia el pecado tiene su corazón alejado para siempre del pecado; el que odia el pecado nunca puede ser uno con el pecado. Dos hombres

enojados pueden hacerse amigos, pero si dos hombres se odian, toda amistad se rompe para siempre entre ellos. Un hombre puede enojarse con el pecado y, sin embargo, hacerse amigo del pecado otra vez, pero si una vez llega a odiar su pecado, entonces toda amistad con el pecado se rompe para siempre. Cuando Cristo y el alma llegan a ser realmente uno, entonces el pecado y el alma llegan a ser eternamente dos.

d. El verdadero odio incluye un conflicto constante y perpetuo.

«El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne». Aunque el pecado y la gracia no nacieron juntos, y aunque el pecado y la gracia nunca morirán juntos, sin embargo, mientras un creyente viva en este mundo, deben vivir juntos. Mientras el pecado y la gracia coexistan, seguirán enfrentándose y generando conflicto mutuo. Aquel hombre que verdaderamente odia el pecado siempre estará en conflicto con el pecado. Morirá luchando contra sus pecados, como uno de los duques de Venecia, el cual murió luchando contra sus enemigos con las armas en la mano. Bien, cristiano, recuerda esto: aunque ser preservados del pecado nos trae la mayor paz y consuelo, oponernos al pecado y que Dios perdone el pecado, eso trae la mayor gloria a Dios.

e. El verdadero odio incluye una intención de destruir y matar, porque lo único que satisface al odio es la muerte y la ruina.

Saúl odiaba a David, y buscaba su vida; lo perseguía por todas partes como a una perdiz en los montes y no dejaba piedra sin remover, ni medio sin intentar, para vengarse de David. Amán odiaba a Mardoqueo, y su mayor satisfacción hubiera sido llevarlo a una muerte vergonzosa, verlo colgado en una horca de cincuenta codos de altura, que estaba diseñada, dice Lyra, para avergonzar más a Mardoqueo, pues colgado en lo alto, todo el mundo podría verlo y señalarlo. Ahora, cuando solo una noche separaba a Mardoqueo de una muerte vergonzosa, la divina providencia intervino oportunamente y lo salvó de la malicia de Hamán, haciendo que el mal que este había planeado contra Mardoqueo cayera repentinamente sobre su propia cabeza. El hombre que había sido honrado con un banquete junto al rey un día se convirtió en banquete para los cuervos al día siguiente.

Absalón odiaba a Amnón y lo mató. Juliano el Apóstata odiaba a los cristianos con un odio mortal. Dio muerte a muchos miles de ellos; amenazó y juró que, a su regreso de luchar contra los persas, mataría a todos los cristianos en su imperio a filo de espada, pero Dios se lo impidió haciéndolo morir en esa expedición. Un cristiano que aborrece el pecado no puede estar satisfecho sino con su muerte y destrucción. En todos sus deberes, el lenguaje de su alma es: Señor, que mis pecados sean destruidos; que ninguno

escape, que mis pecados no evadan la mano de Tu justicia vengadora. Y en todas las ordenanzas, el lenguaje de su alma es: ¡Oh Señor! ¿Cuándo serán sometidos y muertos mis pecados? ¿Cuándo serán ahogados todos en el Mar Rojo de la sangre de mi Salvador?

Para concluir, pregunta a tu corazón, ¿qué es lo que aborreces como el mal supremo? ¿Qué es lo que querías tener separado de ti tan lejos como el cielo del infierno? ¿Qué es aquello contra lo que se rebela tu alma, y con lo cual, como Israel contra Amalec, tendrás guerra para siempre? ¿Qué es aquello contra lo que tu corazón se levanta, ya sea grande o pequeño, expuesto o secreto? Si son tus pecados, entonces ciertamente aquí hay un verdadero odio al pecado, y ciertamente aquí hay un rasgo distintivo de un hijo de Dios, de una conversión genuina y de una transformación salvadora. Ese no fue siempre tu caso, y esto no se encuentra en ningún hipócrita o en cualquier persona no convertida sobre la faz de la tierra.

El pecado fue una vez para ti como Dalila para Sansón, pero ahora es para ti como Tamar para Amnón. Antes era un bocado dulce que disfrutabas y no querías soltar, pero ahora es el paño menstrual que desechas, diciendo: «Vete de aquí». Ahora con Efraín gritas: «¿Qué más tendré ya con los ídolos?» (Os 14:8). Oh, si esta es una realidad en tu vida, entonces tienes razones para estar siempre agradecido y admirar al Señor por Su gracia y favor distintivo hacia ti. El mundo está lleno de señuelos, trampas y tentaciones, pero mientras el odio al pecado arda en tu corazón, puedes desafiar al mundo, la carne y el diablo.

Recuerda esto siempre: hay tres cosas que un hipócrita nunca puede hacer. Primero, nunca puede lamentarse por el pecado como pecado. Segundo, nunca puede lamentarse por los pecados de otros así como por los suyos. Moisés, Lot, David, Jeremías, Pablo y aquellos en Ezequiel 9:4 y 6 lloraron por los pecados de otros así como por los propios. Sin embargo, Faraón, Acab, Judas, Demas y Simón el Mago nunca lo hicieron. Tercero, el hipócrita nunca puede odiar el pecado como pecado.

8. Ningún hipócrita habitualmente se ve a sí mismo como bajo o insignificante.

Ningún hipócrita suele pensar en sí mismo como alguien mezquino y de poca estima. Ningún hipócrita ama humillarse para engrandecer a Cristo, humillarse para exaltar a Cristo. Ningún hipócrita ama ser eclipsado; todos los hipócritas aman atribuirse lo que hacen a sí mismos y no a Cristo. El fariseo, puesto en pie, oró así consigo mismo: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que

gano» (Lc 18:11-12). Todos los hipócritas se sostienen mucho en su justicia negativa y en su bondad comparativa. No hay hipócrita en el mundo que no ponga su centavo como si fuera una libra esterlina y que siempre se valore por encima del mercado: «Yéndose luego de allí, se encontró con Jonadab hijo de Recab; y después que lo hubo saludado, le dijo: ¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo? Y Jonadab dijo: Lo es. Pues que lo es, dame la mano. Y él le dio la mano. Luego lo hizo subir consigo en el carro, y le dijo: Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová» (2R 10:15-16). Las palabras de Jehú eran para el Señor, pero sus planes eran para el reino. Jehú deslumbró momentáneamente, pero fue efímero como el paso de un cometa.

Un hipócrita siempre ama más la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios. Ama más ser honrado por los hombres que ser honrado por Dios: «¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?» (Jn 5:44). Nada menos que el poder que resucitó a Cristo de la tumba puede hacer que un hipócrita se vea así mismo sencillamente como nada y, cuando esto sucede, no puede soportarlo.

Un hipócrita no puede soportar ser eclipsado en dones, en gracias, en experiencias, en deberes, en comunión con Dios y en goces espirituales. El corazón de un hipócrita está lleno de orgullo, incluso cuando su comportamiento aparenta humildad. Siempre piensa lo mejor de sí mismo y lo peor de los demás; no reconoce sus propios vicios, o al menos no les asigna un valor genuino. Un espíritu orgulloso desacreditará esa excelencia de la que él mismo carece. Los barriles más vacíos emiten el sonido más fuerte, el metal de menor calidad hace más ruido y las espigas más ligeras sostienen sus cabezas más altas. Un hipócrita bien podría poner la mano en su corazón y preguntarse: ¿no es así conmigo, no es precisamente así conmigo?

Pero los cristianos sinceros son personas de otro espíritu, de otra disposición, de otro material, de otra mente; sus corazones se humillan cuando abundan sus dones, gracias y deleites espirituales. Abraham se ve a sí mismo solo como polvo y cenizas. Cuanto mayor sea la comunión de un hombre con Dios, más bajo será ese hombre ante sus propios ojos. El polvo y las cenizas son cosas pobres, bajas, viles, sin valor, y así se ve Abraham a sí mismo.

Así que Jacob era un hombre honesto, un hombre recto, y ¡he aquí! qué baja estima tenía de sí mismo: «Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con Tu siervo» (Gn 32:10). En hebreo es: «Poco soy ante Tus misericordias». En el hebreo no hay comparativos y por eso suelen expresarlo con una afirmación y una preposición. Cuando Jacob tenía tratos con Labán, él argumentaba en base a sus méritos, pero en sus tratos con Dios, solo imploraba por gracia, asignándose poco valor a sí mismo. Se considera a sí mismo menos que la menor de las misericordias y peor que la peor de las criaturas. La menor de las misericordias que he

recibido es mayor de lo que merezco, y el mayor de mis males es menor de lo que merezco, dice Jacob. El lenguaje de un Jacob de corazón sincero es este: Oh, Señor, podría haber sido despojado de todas mis comodidades y alegrías de golpe, como Job, y haber sido colocado en un estercolero. Podría haber estado como Lázaro, mendigando mi pan de puerta en puerta, podría haber obtenido mi pan poniendo en peligro mi vida por la espada del desierto, o haber estado con el rico en el infierno clamando por una gota de agua para refrescar mi lengua.

Un cristiano sincero no sabe cómo hablar lo suficientemente bien de Dios, ni lo suficientemente mal de sí mismo. Agur fue uno de los hombres más sabios y santos de la tierra, y mira cuánto se rebaja a sí mismo: «Ciertamente más rudo soy yo que ninguno, ni tengo entendimiento de hombre» (Pr 30:1-2). Agur había visto a Itiel, Dios conmigo, y a Ucal, Dios todopoderoso, y esto lo hizo muy vil y bajo a sus propios ojos; esto lo llevó a menospreciarse, incluso a invalidarse a sí mismo por completo.

Ningún hombre aparte de Job recibió jamás un reconocimiento tan justo o valioso de parte de Dios, o el sello del cielo, por ser un alma reconocida por su rectitud y santidad: «Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a Mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job 1:8). Job era grande en dignidad y humilde de corazón: "De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:5-6). Esta expresión es el acto más profundo de aborrecimiento. El aborrecimiento, en un sentido estricto, es el odio llevado al extremo: «Me aborrezco». La palabra hebrea que se traduce por «aborrecer» significa rechazar, despreciar, condenar, desechar. ¡Ah!, dice Job, me aborrezco a mí mismo, me rechazo a mí mismo, me desprecio a mí mismo, me desecho a mí mismo, tengo una muy vil y baja estima de mí mismo.

David era un hombre de gran integridad, un hombre conforme al corazón de Dios y, sin embargo, se mira a sí mismo como una pulga; ¿y qué hay más despreciable que una pulga? Y así como se considera una pulga, se considera un gusano: «Yo soy gusano, y no hombre» (Sal 22:6). La palabra hebrea que aquí se traduce como gusano significa un gusano muy pequeño que se reproduce en escarlata, un gusano que es tan pequeño que un hombre apenas puede percibirlo. Un gusano es la criatura más despreciable del mundo, pisoteada por el hombre y las bestias. El que, ante los ojos de Dios, era un hombre conforme a Su corazón, a sus propios ojos no es más que un despreciable gusano. Un cristiano sincero no es nada ante sus propios ojos.

Así Pablo, quien fue arrebatado al tercer cielo y aprendió su teología entre los ángeles, por decirlo de alguna manera, quien tuvo revelaciones tan gloriosas que no podían expresarse, aun así se considera a sí mismo menos que el

más pequeño de todos los santos.: «A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos» (Ef 3:8). En el griego es una construcción comparativa de un superlativo: «menos que el menor de todos los santos» es un doble diminutivo y significa «más pequeño que el más pequeño», si es que algo puede ser más pequeño que el más pequeño. La retórica de Pablo no contradice la filosofía de Aristóteles. Al ser un doble diminutivo, su significado es que era lo más pequeño posible; por lo tanto, se colocó a sí mismo como algo tan pequeño que no podía ser menos que el menor. Aquí tienes al mayor apóstol descendiendo al escalón más bajo de la humildad: el gran Pablo es el menor de los santos, el último de los apóstoles y el mayor de los pecadores.

De la misma manera, Pedro dice: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc 5:8), o como dice el griego: «un hombre, un pecador», una mezcla y compuesto de suciedad y pecado; un mero manojo de vicio y vanidad, de locura e iniquidad. «Yo he pecado, peco, pecaré», dice Lutero; así se expresa de una manera vil y baja de mismo. «Señor, yo soy el infierno y Tú el cielo», dice el bendito Hooper. «Soy un miserable hipócrita, no soy digno de que la tierra me soporte», dijo el bendito Bradford. Así ves a través de estos ejemplos que los cristianos sinceros, por así decirlo, encuentran placer y deleite en rebajarse, humillarse y menospreciarse. Pero los hipócritas son completamente extraños a esto. No hay hipócrita bajo el cielo que ame rebajarse, o que considere su deber de conciencia menospreciarse y menguar para que Cristo sea exaltado por encima de todo. La humildad es una gracia difícil de alcanzar. Agustín dijo: «Muchos pueden dar más fácilmente todo lo que tienen a los pobres, que llegar a ser ellos mismos pobres en espíritu».

9. Ningún hipócrita resistirá mucho tiempo en la obra y los caminos del Señor cuando falten estímulos externos y se enfrenten a desalientos externos.

Un hipócrita es un apóstata encubierto, y un apóstata es un hipócrita descubierto. «Porque ¿cuál es la esperanza del impío, por mucho que hubiere robado, cuando Dios le quitare la vida?» (Job 27:8). «¿Se deleitará en el Omnipotente? ¿Invocará a Dios en todo tiempo?» (Job 27:10). O como dice el hebreo: «¿Invocará a Dios en todo tiempo?».

Puede ser que formalmente invoque a Dios en tiempo de prosperidad, pero ¿puede hacerlo seriamente en tiempo de adversidad? Habrá momentos en que la vara está sobre ellos, y entonces derramarán una oración a Dios: «En la tribulación te buscaron» (Is 26:16, Os 5:15). «Si los hacía morir, entonces buscaban a Dios; entonces se volvían solícitos en busca suya» (Sal 78:34). Pero esta no era la condición habitual de sus corazones: «Pero le lisonjeaban con su boca, y con su lengua le mentían; pues sus corazones no

eran rectos con Él, ni estuvieron firmes en Su pacto» (Sal 78:36-37).

Cuando Faraón estaba en tormento, podía rugir una confesión y clamar fervientemente por una oración, pero, cuando se retiraba el juicio, seguía siendo tan orgulloso, duro y ciego como siempre. Cuando Adonías estaba en peligro de muerte, entonces se aferraba a los cuernos del altar. Cuando Acab fue amenazado con una desolación total, entonces podía ayunar y yacer en cilicio, y lo mismo hicieron los ninivitas. Pero todo esto era como la piedad de Efraín y Judá, como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece. ¿Clamará siempre o en todo tiempo el hipócrita a Dios? ¿Clamará el hipócrita a Dios tan a menudo como la providencia lo llama a clamar a Dios? ¿Clamará a Dios tan a menudo como los juicios lo llaman a clamar a Dios? ¿Clamará a Dios tan a menudo como la conciencia lo llama a clamar a Dios? ¿Clamará a Dios tan a menudo como es su deber clamar a Dios? ¿Clamará a Dios tan a menudo como otros lo llaman a clamar a Dios? ¡Oh, no! El hipócrita no clamará siempre a Dios; no perseverará en la oración; no persistirá ni se mantendrá en la oración. El hipócrita tiene un espíritu débil; no puede orar siempre y no desfallecer, sino que retrocede como los perezosos en el trabajo o los cobardes en la guerra.

El hipócrita, por falta de una obra interna de virtud en su corazón, no puede deleitarse en Dios ni invocar siempre a Dios. Si Dios no acude a su llamada, si no le abre en cuanto llama, se le acaba la paciencia, y está dispuesto a decir con aquel orgulloso príncipe profano: «Ciertamente este mal de Jehová viene. ¿Para qué he de esperar más a Jehová?». (2R 6:33). Si el hipócrita obtiene la misericordia que desea, entonces desechará la oración, como dijo: «Quitad la red, el pez está atrapado»; si no obtiene la misericordia, entonces se cansará de su deber. «De mí te cansaste, oh, Israel» (Is 43:22).

La oración es un trabajo demasiado difícil, demasiado elevado para que un corazón enfermo se aferre a él. La oración es un trabajo del corazón, y eso resulta ser un trabajo pesado para él. El alma de la oración está en el derramamiento del alma ante Dios, y este es un trabajo en el que un hipócrita no tiene habilidad. Un ateo malvado lo expresó de manera profana y blasfema, cuando le dijo a Dios que no era un mendigo común, que nunca lo había molestado antes con oraciones y que, si lo escuchaba esa vez, nunca lo molestaría de nuevo. Sin duda, hay un espíritu y un principio similar que acecha en el corazón de cada hipócrita. Sin duda, acertó quien dijo: «¿Cómo puedes esperar que Dios te escuche cuando tú mismo no te escuchas? ¿O que Dios te dé una respuesta en la oración cuando no recuerdas lo que pides en la oración?».

Un cristiano sincero perseverará en la oración, sin importar el resultado. Si prevalece, amará orar mejor cada día; si no prevalece en el momento, será aún más insistente con Dios en la oración. Es tan natural para

un pájaro vivir sin aire, para un pez vivir sin agua y para un hombre vivir sin comida como lo es para un corazón sincero vivir sin oración. «Oh», dijo Crisóstomo, «es más amargo que la muerte ser privado de la oración». Y a raíz de esto, él declara que Daniel prefirió correr el riesgo de perder su vida antes que perder o abandonar sus oraciones privadas.

La oración es la llave del cielo, y un cristiano sincero ama mucho manejar esa llave aunque deba morir por ello. Un hipócrita nunca resistirá hasta el fin. Tan pronto como le faltan los estímulos externos, su corazón se cansará rápidamente en el camino del deber. Los hipócritas son como estrellas brillantes que, mientras se alimentan con vapores, brillan como si fueran estrellas fijas, pero deja que los vapores se sequen y en seguida se desvanecen y desaparecen. Tan pronto como le falte al hipócrita el ojo, el oído y el aplauso de los hombres, estará dispuesto a tirarlo todo por la borda. Si un hipócrita no puede sacar alguna ganancia de su piedad, algún provecho de su profesión, alguna ventaja de su religión, estará dispuesto con Demas a dar la espalda a todos los deberes y servicios religiosos.

Como un caballo cojo, cuando está caliente va bastante bien, pero cuando se enfría, se detiene de repente, así un hipócrita, aunque durante un tiempo pueda seguir su camino, al final se detendrá de repente, y abandonará, o peor aún, se opondrá a todos los deberes y servicios religiosos. El lucro y el aplauso suelen ser los cebos que muerden los hipócritas y, si pierden estos cebos, entonces abandonan la profesión, la religión y todo: «Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con Él» (Jn 6:66). Muchos hipócritas que habían entregado sus nombres a Cristo y que por un tiempo habían sido seguidores de Cristo, finalmente lo abandonaron y le dieron la espalda para siempre: «Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra» (donde no había quien la cuidara, ni mucho entendimiento para comprender, ni mucha fe para creer, ni mucha voluntad para obedecer, ni mucho amor para conservarla), «y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó» (Mt 13:5-6).

Este segundo terreno va más allá que el anterior, ya que recibe la semilla e inmediatamente, con gozo, hace brotar la semilla sembrada. Creció hasta ciertos grados: hasta la obediencia externa y la reforma en muchas cosas, hasta una profesión externa y hasta una especie de fe. Pero cuando el sol de la persecución arremetió fuertemente sobre ellos, se marchitaron y menguaron; no inmediatamente, sino poco a poco, como una hoja que pierde su verdor y lozanía, y se marchita gradualmente.

En el Palatinado, cuando el sol de la persecución comenzó a abrasarlos, apenas uno de cada veinte profesantes se mantuvo firme; la mayoría se pasó al catolicismo tan rápido como las hojas en otoño. Así como el cristal parece una perla hasta que recibe los golpes del martillo, de la misma manera, un

hipócrita parece un cristiano y actúa como un cristiano en muchas cosas, hasta que es golpeado por el sufrimiento y la persecución, momento en el que se revela quién es en realidad y, junto a Himeneo y Alejandro, naufraga en la fe y la buena conciencia. En tiempos de sufrimiento, los hipócritas trabajan arduamente para apagar esa luz que brilla en sus corazones, y cuando han apagado esa luz, entonces dicen adiós a su profesión, a una buena conciencia y todo lo demás. El lobo, aunque a menudo disimula y esconde cuidadosamente su naturaleza, no siempre puede hacerlo; porque, en algún momento u otro, mostrará que es un lobo. Por tanto, aunque un hipócrita pueda ocultarlo por un tiempo, tarde o temprano se descubrirá como un hipócrita.

Un cristiano sincero se sostendrá y perseverará en los caminos del Señor incluso en la ausencia de todo estímulo externo y en medio de múltiples desalientos. Un cristiano sincero permanece firme y persevera en su trabajo y su camino, incluso cuando la mirada, el favor y la generosidad de los hombres, junto con cualquier otro estímulo humano fallen. «Proseguiré el justo su camino, y el limpio de manos aumentará la fuerza» (Job 17:9). El hombre justo continuará en un camino de rectitud hasta el final. Aunque se multipliquen las calamidades y las miserias, no se apartará del camino de la justicia. Un cristiano sincero nunca se apartará de este camino, ni por las esperanzas o ventajas de una parte, ni por los temores o peligros de la otra. Los cristianos sinceros no han adoptado la religión sobre fundamentos tan débiles como para que los halagos o temores los alejen de ella.

Los cristianos sinceros cuentan con aflicciones, tentaciones, cruces, pérdidas, reproches por un lado, y cuentan con una corona de vida, de justicia y de gloria por otro lado. A partir de esto, levantan su vara, determinados plenamente a nunca apartarse del buen camino antiguo en el cual han hallado descanso para sus almas. Los cristianos sinceros aceptan a Cristo y Sus caminos en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la prosperidad y en la adversidad; resuelven permanecer o caer, sufrir y reinar, vivir y morir con Él. Cuando todos los estímulos externos de Dios falten, un cristiano sincero se mantendrá cerca de su Dios y cerca de su deber. «Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación» (Hab 3:17-18).

Cuando falten todas las misericordias necesarias y deleitosas, él no faltará a su deber. Aunque Dios retenga Sus bendiciones, él no dejará de servirle; cuando le falte el sustento, cumplirá con su deber; cuando no tenga con qué subsistir, vivirá de su Dios, se alegrará en su Dios y se mantendrá cerca de su Dios. Aunque venga la guerra y la necesidad, no faltará a su deber. Observa, hay tres cosas en un cristiano sincero que lo inclinarán fuertemente a

mantenerse cerca del Señor, y cerca de Sus caminos incluso ante la ausencia de todo estímulo externo, y frente a todos los desalientos externos.

El primero es un principio poderoso: el amor divino. El segundo es una ayuda poderosa: el Espíritu de Dios. Y el tercero es un objetivo elevado: la gloria de Dios. Tal como Rut se mantuvo cerca de su suegra incluso en la ausencia de todo estímulo externo y en medio de múltiples desalientos, al decir: «Dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré...solo la muerte hará separación entre nosotras dos» (Rut 1:16), así dice un cristiano sincero. Tomaré mi suerte con Cristo dondequiera que esta caiga; me mantendré cerca del Señor y cerca de mi deber, incluso en la ausencia de todo estímulo externo y en medio de todo desaliento externo. Aunque los estímulos externos sean a veces como viento de costado, como aceite, como ruedas de carro, medios para hacer que un cristiano avance más dulce, fácil y cómodamente en los caminos de Dios, cuando este viento falle y estas ruedas se desprendan, un cristiano sincero se mantendrá cerca del Señor y Sus caminos. «Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de Ti, y no hemos faltado a Tu pacto. No se ha vuelto atrás nuestro corazón, ni se han apartado de Tus caminos nuestros pasos» (Sal 44:17-18).

Pero ¿qué quieren decir con: «Todo esto nos ha venido»? La respuesta está en los versículos previos del salmo: «Pero nos has desechado, y nos has hecho avergonzar; y no sales con nuestros ejércitos. Nos hiciste retroceder delante del enemigo, y nos saquean para sí los que nos aborrecen. Nos entregas como ovejas al matadero, y nos has esparcido entre las naciones. Has vendido a Tu pueblo de balde; no exigiste ningún precio. Nos pones por afrenta de nuestros vecinos, por escarnio y por burla de los que nos rodean. Nos pusiste por proverbio entre las naciones; todos al vernos menean la cabeza» (Sal 44:9-14).

Esta es una poderosa declaración del profeta Miqueas: «Aunque todos los pueblos anden cada uno en el nombre de su dios, nosotros con todo andaremos en el nombre de Jehová nuestro Dios eternamente y para siempre» (Miq 4:5). La resolución absoluta e inviolable de pertenecer verdaderamente al Señor y ser siempre del Señor constituye la esencia de la verdadera conversión. Los elogios del mundo no pueden sobornar a un cristiano sincero para apartarse de los caminos de Dios, ni las críticas del mundo pueden apartarlo de esos caminos. Sin embargo, un hipócrita nunca podrá resistir hasta el final; se cansará rápidamente y se dará por vencido cuando la tormenta azote con fuerza.

10. Ningún hipócrita se dedica verdaderamente a poner su corazón en los deberes y servicios religiosos.

El hipócrita nunca se preocupa por poner el corazón en sus obras. Un

hipócrita carece de corazón en todo lo que hace: «Si los hacía morir, entonces buscaban a Dios; entonces se volvían solícitos en busca suya...Pero le lisonjeaban con su boca, y con su lengua le mentían; pues sus corazones no eran rectos con él, ni estuvieron firmes en su pacto» (Sal 78:34, 36-37). Toda obra que es solo de labios es trabajo perdido. Cuando los corazones de las personas no están verdaderamente comprometidos en su devoción, su aparente devoción es mera hipocresía. A pesar de que estos hipócritas buscaron a Dios y se mostraron solícitos en Su búsqueda, lo hicieron con corazones áridos, que no eran considerados como corazones según el criterio divino. Sus obras fueron solo de labios y de cabeza, pero al no poner sus corazones, todo resultó en pérdida: se perdió su búsqueda, su solicitud y su relación con Dios, se perdieron sus almas y perdieron la eternidad: «Y no clamaron a mí con su corazón cuando gritaban sobre sus camas» (Os 7:14).

Cuando las oraciones de los hombres no son de corazón, no son más que un horrible aullido para los oídos de Dios. El clamor del corazón es el único en el que Dios se agrada, es el único clamor que ama y busca. No acepta, no se deleita, no recompensa ningún clamor, sino el clamor del corazón. Los hipócritas no claman con el corazón; por lo tanto, claman y aúllan, y aúllan y claman, y todo en vano. Claman y murmuran, y aúllan y se lamentan; claman y blasfeman, y aúllan y se rebelan. Por lo tanto, solo reciben desaprobación, reveses y desilusiones del cielo: «Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a Mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de Mí» (Is 29:13).

«Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia» (Ez 33:31). Aunque las multitudes del pueblo acudían al profeta, de manera similar a como hombres y mujeres asisten a lugares de placer, y aunque se comportaban ante el profeta como si fueran santos, como si fueran el pueblo de Dios, como si estuvieran afectados por lo que escuchaban, como si estuvieran decididos a vivir conforme a lo que el profeta les enseñaba; sin embargo, sus corazones corrían tras su codicia. Aunque estos hipócritas profesaban mucho amor y bondad al profeta, y le rendían homenaje con palabras delicadas, y parecían estar muy conmovidos, encantados, extasiados y prendados de su persona, voz y doctrina, sin embargo, no tenían la intención de poner el corazón en el cumplimiento de sus deberes.

Un hipócrita puede cumplir con algunos deberes externos, fáciles y ordinarios de la religión, pero no tiene la intención de poner el corazón en el cumplimiento de los deberes religiosos. ¿Cuándo has visto a un hipócrita examinar su alma, o lamentarse y llorar por la vileza y maldad de su espíritu? Solo el cristiano sincero se ve conmovido, afligido y herido por las corrupciones de

su corazón. Cuando le dijeron al bendito Bradford que hacía todo por hipocresía, porque quería que la gente lo elogiara, respondió: «Es verdad, las semillas de la hipocresía y la vanagloria están en ti y en mí también, y estarán en nosotros mientras vivamos en este mundo; pero doy gracias a Dios porque me lamento y lucho contra esto». ¡Con qué seriedad y profundidad se humilló el buen Ezequías por el orgullo de su corazón! «Del devorador salió comida», de su orgullo obtuvo humildad (Jue 14:14; 2Cr 32:25-26).

Un cristiano sincero tiene como su mayor ocupación el poner su corazón en todos sus deberes y servicios religiosos, así como en cada camino y obra de Dios. «Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de Su Hijo» (Ro 1:9). El espíritu mismo de Pablo, su alma misma, estaba en su servicio. «Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne» (Fil 3:3). «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios» (Ro 7:22). «Con la mente sirvo a la ley de Dios» (Ro 7:25). Un cristiano sincero siempre es mejor cuando pone su corazón en el cumplimiento de sus deberes, y cuando no puede hacerlo, ¡oh!, cómo suspira, gime, se lamenta y llora a los pies de Dios: «Señor, he obedecido con mis labios, mis ojos y mis manos, pero ¿dónde ha estado mi corazón este día? ¡Oh!, es motivo de un lamento doloroso y triste que haya involucrado muy poco mi corazón en ese servicio que te he ofrecido». Este es el lenguaje diario de un corazón recto.

Pero el hipócrita se empeña en poner sus cualidades doradas en sus deberes, y su lengua elocuente en sus deberes, y su cabeza ingeniosa en sus deberes, pero no se preocupa por poner su corazón en sus deberes. Los hipócritas siempre carecen de corazón en todos los sacrificios que ofrecen a Dios, y esto un día les traerá resultados grotescos que no presagian nada bueno.

11. Un hipócrita nunca realiza deberes religiosos por principios espirituales ni de una manera espiritual.

Un hipócrita nunca se siente inclinado, movido y conducido hacia Dios, Cristo y los deberes santos, por el poder de un nuevo principio interior de gracia que obra una compatibilidad entre su corazón y las cosas de Dios. Un hipócrita se siente satisfecho con meros actos externos de la religión, aunque no sienta nada del poder de la religión en su propia alma. Un hipócrita se fija en sus palabras en la oración, en su voz en la oración y en sus gestos en la oración, pero nunca se fija en la disposición de su corazón en la oración. El corazón de un hipócrita nunca se conmueve con las palabras que pronuncia su lengua; el alma de un hipócrita nunca se ve afectada divinamente, no se deleita o entenece graciosamente al realizar cualquier deber.

El desempeño espiritual de un hipócrita nunca fluye de principios espirituales, ni de un corazón que ha sido santificado completamente. Aunque sus obras sean nuevas, su corazón permanece viejo; sus nuevas prácticas siempre brotan de principios viejos, y esto probará ser la perdición del hipócrita, como se puede ver en Isaías 1:15: «Cuando multipliquéis la oración», cuando abundes en deberes, añadiendo oración a oración, como dice el hebreo: «Yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos». Estos no habían sido santificados; sus prácticas eran nuevas, pero sus corazones eran viejos todavía.

Lo mismo se puede ver en los escribas y fariseos, que ayunaban, oraban y daban limosna, pero sus corazones no habían sido cambiados, renovados ni santificados, y su moralidad no procedía de lo alto. Esto resultó ser su perdición eterna. Nicodemo era un hombre muy destacado, conocido y famoso entre los fariseos; ayunaba, oraba, daba limosnas y pagaba los diezmos y, sin embargo, el nuevo nacimiento era algo completamente desconocido para él; la regeneración era una paradoja para él. «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?» (Jn 3:4).

Este destacado erudito era tan ignorante en su comprensión de la doctrina de la regeneración como lo es un simple niño en su comprensión de los preceptos más oscuros de la astronomía. Así como el agua no puede elevarse más alto que la fuente de la que proviene, el hombre natural no puede elevarse más alto que su naturaleza. Un hipócrita puede saber mucho, orar mucho, escuchar mucho, ayunar mucho, dar mucho, obedecer mucho, y todo sin ningún propósito genuino, porque no realiza ninguna de sus acciones de manera auténtica, motivado por principios internos de fe, fervor, vida, amor, deleite, etcétera. ¿Se deleitará el hipócrita en el Todopoderoso? Respuesta: No, no puede deleitarse en el Todopoderoso.

Deleitarse en Dios es uno de los actos más elevados de la gracia. Y ¿cómo puede un hipócrita dedicarse a uno de los actos más elevados de la gracia si no tiene gracia? Un hipócrita puede saber mucho de Dios, hablar mucho de Dios, hacer una gran profesión de Dios y estar verbalmente agradecido a Dios, pero nunca puede amar a Dios, confiar en Dios, deleitarse en Dios ni encontrar su descanso en Dios.

Un hipócrita no conoce a Dios, y entonces ¿cómo puede deleitarse en ese Dios a quien no conoce? Un hipócrita no tiene un conocimiento interno, salvador, transformador, experimental, afectuoso, práctico de Dios y, por lo tanto, no puede encontrar ningún placer o deleite en Dios.

No hay compatibilidad entre un hipócrita y Dios. Entonces, ¿cómo puede un hipócrita deleitarse en Dios? Entre Dios y el hipócrita existe la mayor oposición imaginable. Dios es luz y el hipócrita es oscuridad; Dios es santidad y él es impureza; Dios es justicia y él es injusticia; Dios es plenitud

y él es esterilidad. Ahora, ¿qué complacencia puede haber donde hay una oposición tan absoluta?

El corazón de todo hipócrita está lleno de enemistad contra Dios y entonces, ¿cómo puede deleitarse en Dios? «Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Ro 8:7). La mejor parte de un hipócrita no solo es contraria, sino completamente adversa a Dios y a todo lo que es bueno. El águila, dice el filósofo, tiene una enemistad continua con el dragón y la serpiente. Y así el corazón del hipócrita está todavía lleno de enemistad contra el Señor, y por eso nunca puede deleitarse en el Señor.

La esencia y la plenitud del deleite de un hipócrita se enfocan en sí mismo, en lujurias, relaciones, comodidades, placeres mundanos, habilidades, dones y privilegios, y por tanto, ¿cómo puede deleitarse en el Todopoderoso. El deleite de un hipócrita siempre termina en alguna cosa aparte de Dios, Cristo y el cielo. Como el albaricoquero, aunque se inclina contra la pared, sin embargo, está firmemente arraigado en la tierra. De igual manera, aunque un hipócrita pueda inclinarse hacia Dios, hacia Cristo y hacia el cielo, sin embargo, su deleite todavía está firmemente arraigado en alguna criatura o en los bienes materiales. Ni Dios ni Cristo son jamás el objeto adecuado del deleite para un hipócrita. Este carece de los principios que le permitirían regocijarse en un Dios santo, y no puede experimentar un deleite intenso, divino y constante en deberes sagrados. Aunque un hipócrita pueda realizar reformas en muchas áreas y cumplir con diversos deberes virtuosos, lo hace sin experimentar un cambio genuino en su corazón o en sus principios; sus prácticas son las únicas que han experimentado modificaciones.

Aunque un hipócrita no tenga en sí mismo nada que sea esencial para ser cristiano, puede ser completamente semejante a un cristiano en todas aquellas cosas que no son esenciales para él. Un hipócrita, en todos los aspectos externos de la religión, puede ser la imagen completa de un cristiano sincero, pero si miras sus principios y la manera en que lleva a cabo los deberes sagrados, ahí lo encontrarás cojo y defectuoso, y tan diferente de un cristiano sincero como la imagen de Mical era contraria a la de David. Esto demostrará ser la gran grieta, el gran desastre final de los hipócritas.

Es notable el hecho de que motivos externos y principios naturales hayan llevado a muchos paganos a realizar cosas grandiosas y gloriosas en el mundo. ¿No hizo Sísara cosas tan grandes como Gedeón? La diferencia radica únicamente en que las grandes cosas que hizo Gedeón las llevó a cabo motivado por principios más espirituales y reflexiones más elevadas que los que motivaron las acciones de Sísara. Y ¿no pisoteó Diógenes las cosas gran-

des y gloriosas de este mundo, al igual que Moisés? La diferencia radica únicamente en que Moisés despreciaba las cosas vistosas y elegantes de este mundo debido a principios internos originados en una obra de gracia, como lo son la fe y el amor, mientras que Diógenes lo hacía movido por principios bajos y mezquinos, y por consideraciones meramente externas y carnales. El favor, la mirada, el reconocimiento y los aplausos de los hombres, y un gran nombre eran como manzanas doradas, cosas grandiosas entre los filósofos. La aplicación es sencilla.

Un cristiano sincero no solo presta atención al contenido, sino también a la forma en que cumple con sus deberes; él los lleva a cabo no solo descansando en la fortaleza de sus habilidades y cualidades adquiridas, sino en la fortaleza que da la gracia y los hábitos que han sido implantados en él. Sus acciones se originan en Dios y son dirigidas hacia Él; emanan de un corazón renovado, de la ley escrita en su corazón, del amor de Dios derramado en su corazón, de la naturaleza divina que le ha sido impartida, de la morada del Espíritu en su corazón, del temor de Dios enraizado en su corazón. Estas son las fuentes y principios de la vida espiritual y las acciones de un cristiano sincero. Y donde estos no gobiernan y actúan, no es de extrañar que haya acciones y conductas que el mundo pueda admirar pero no imitar.

La vida de Pablo después de su conversión fue una especie de milagro constante. Hizo tanto, sufrió tanto y se negó a sí mismo tanto que, si viviera en estos días, su vida sería un milagro. Sin embargo, al considerar los principios que motivaron sus acciones, resulta sorprendente que no haya hecho aún más. Él mismo dijo: «mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Ga 2:20).

En una excelente declaración, el bendito Bradford afirmó que no podía abandonar un deber hasta que hubiera encontrado comunión con Cristo en ese deber, hasta que hubiera llevado su corazón a un estado adecuado para el cumplimiento de ese deber. No podía abandonar la confesión hasta que su corazón no estuviera conmovido, quebrantado y humillado por el pecado; de la misma manera, no podía abandonar la petición hasta que su corazón estuviera cautivado por las bellezas de las cosas deseadas, y movido a ir tras ellas. No cesaba en la acción de gracias hasta experimentar el engrandecimiento de su espíritu y la vivificación de su alma, como resultado de sus alabanzas. Otra persona expresó «que nunca podría estar tranquilo hasta que encontrara a Dios en cada deber y disfrutara de comunión con Dios en cada oración». «Oh, Señor», decía, «nunca vengo a ti sino a través de ti, nunca me voy de ti sin ti».

Un cristiano sincero que valora a Cristo por encima de todo no puede estar satisfecho ni contento solo con deberes u ordenanzas, sin disfrutar de

la presencia de Cristo en ellos, ya que Él es la vida, el alma y la esencia de los mismos. Los hipócritas realizan sus deberes, pero todo lo que hacen surge de principios ordinarios y naturales, de un corazón no santificado, y eso mancha todo. Los hipócritas profesan grandes cosas y participan activamente en las prácticas externas de la religión. Exhiben una fachada virtuosa, y escuchan, leen, oran, ayunan, cantan salmos y dan limosnas, pero como el cumplimiento de estos deberes no surge de un principio de amor divino, de vida espiritual, ni de un corazón santificado, todo es en vano. Estos hipócritas quedan desechados y arruinados para siempre.

12. Ningún hipócrita en el mundo ama o aprecia la Palabra, ya que es una palabra santa, una palabra pura, una palabra limpia.

«Sumamente pura es Tu palabra, y la ama Tu siervo» (Sal 119:140). Solo los corazones que son conforme el corazón de Dios pueden amar, deleitarse y aceptar la Palabra por su santidad, pureza y espiritualidad. Este es el testimonio de Pablo: «De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno» (Ro 7:12). Y ¿qué sigue? Él dice en el versículo 22: «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios» Pero ¿es esto todo? No, dice en el versículo 25: «Con la mente sirvo a la ley de Dios». El santo apóstol Pablo se deleita en la ley como santa, y sirve a la ley como santa, justa y buena.

Un corazón sincero es el único corazón que se deleita en la Palabra por su espiritualidad, pureza y belleza celestial. Solo los cristianos sinceros pueden regocijarse en la Palabra como una palabra santa, y pueden saborear su dulzura por ser una palabra pura: «Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio» (es decir, la doctrina de la Palabra que enseña el verdadero temor de Dios), «que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal» (Salmo 19:8-10). O, como lo dice en el hebreo: «más dulces que las gotas de los panales de miel». La palabra de Dios, al ser una palabra pura, espiritual, limpia y santa, así regocija un corazón sincero, y así es más dulce que las mismas gotas de los panales de miel.

La palabra, al ser pura y santa, resulta más dulce para un cristiano sincero que esas gotas que caen de manera inmediata y natural, sin fuerza ni artificio, y que se consideran la miel más pura y dulce. No hay ganancia, placer ni alegría comparables a los que la pureza de la palabra produce en un corazón sincero: «Alzaré asimismo mis manos a Tus mandamientos que

amé» (Sal 119:48). A veces, levantar las manos denota admiración. Cuando los hombres se sienten asombrados y extasiados, levantan sus manos. «Admiraré la bondad, espiritualidad, santidad, justicia, pureza y excelencia de Tus mandamientos».

Martín Lutero no cambiaría todo el mundo por una sola hoja de la Biblia; experimentaba un placer tan dulce y un deleite excelente en ella. En una ocasión, el rey Eduardo VI estaba tratando de alcanzar algo que estaba fuera del alcance de su brazo, y alguien a su lado se ofreció a poner una Biblia que había en la mesa bajo sus pies para elevarlo. Sin embargo, el buen joven rey no aprobó la idea y, en lugar de pisar sobre ella, la puso en su corazón para expresar el gozo y el deleite que encontraba en la santa Palabra.

Nunca un hipócrita, desde que existe uno en el mundo, ha amado a Dios como un Dios santo, a Su pueblo como un pueblo santo, Sus caminos como caminos santos o Su palabra como una palabra santa. No hay hipócrita en el mundo que pueda decir verdaderamente con David: «Sumamente pura es Tu palabra, y la ama Tu siervo». Saúl nunca pudo decirlo, ni Acab, ni Simón el Mago, ni los escribas y fariseos pudieron decirlo, ni los oyentes de terreno pedregoso, ni los hipócritas de Isaías. Es cierto que algunos de ellos se regocijaron en la palabra y se deleitaron en ella, pero no como una palabra santa y pura, porque entonces se habrían regocijado y deleitado en toda la palabra de Dios, ya que cada parte de la palabra de Dios es pura y santa.

A veces, los hipócritas se sienten conmovidos y se deleitan con la Palabra cuando está adornada con ideas atractivas y elevadas, que no son más que misteriosas banalidades. Se interesan por la Palabra cuando está revestida con artes, habilidades y elegancia en su redacción; se complacen con la Palabra cuando está ataviada con ingenio elegante o finas expresiones, o con alguna elocuencia delicada: «He aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien» (Ez 33:32), o como se podría leer en el hebreo: «Eres como alguien que cuenta chistes».

Estos hipócritas consideraban la solemnidad y majestuosidad de la Palabra solo una broma sin gracia. Como el profeta era elocuente y su discurso era agradable, les complacía enormemente y les resultaba tan dulce y relajado como una melodía; sin embargo, no les gustaba en absoluto la espiritualidad, la pureza y la santidad de la Palabra, como es evidente en el versículo 31: «Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo Mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia».

En una reprensión muy aguda a sus oyentes, Crisóstomo dijo: «Esto es lo que está a punto de arruinar sus almas: escuchan a sus ministros como si fueran trovadores, para deleitar el oído, no para herir la conciencia». Agustín confiesa que el deleite que experimentaba antes de su conversión en los

sermones de Ambrosio era más por la elocuencia de las palabras que por el contenido del tema. Los hipócritas se dejan llevar más por el ingenio, la elocuencia del discurso, los gestos, la agudeza de la imaginación, la suavidad del estilo, la pulcritud de la expresión y lo novedoso de la idea, que por la espiritualidad, pureza y santidad de la palabra que escuchan o leen. Estos hipócritas son como esos niños que se dejan llevar más por las bonitas flores esparcidas en el plato que por la comida que hay en él, y se dejan llevar más por la maleza roja y las moscas azules que crecen en el campo, que por el buen maíz que crece allí.

Pero así como el agricultor prudente se interesa más por unas pocas manojos de maíz sano que por todas las hierbas vistosas que hay en el campo, de la misma manera, un cristiano sincero se interesa más por algunas verdades sólidas en un sermón que por todas las líneas fuertes, tonos elevados y adornos ingeniosos; o que por algunas frases recién acuñadas, expresiones ingeniosas o ideas etéreas con las que se pueda adornar o vestir un sermón.

Algunos son atraídos por la Palabra debido a que su profesión atrae clientes a sus tiendas y mantiene su reputación en el mundo. Otros son cautivados por la Palabra porque parece hacer cosquillas a sus oídos y complacer sus fantasías. Algunos se sienten conmovidos por los sermones debido a la elegancia del estilo, la delicadeza de las palabras, la suavidad del lenguaje y la gracia en la entrega. Y estos tratan los sermones como muchos tratan sus ramilletes, los cuales están compuestos de muchas flores escogidas y dulces, pero después de olerlas por un tiempo las arrojan a un rincón y no les prestan más atención. Del mismo modo, aquellos que después de elogiar y aplaudir un sermón lo desechan, lo olfatean, por así decirlo, y dicen: «Es dulce, es dulce», y enseguida lo descartan, como un ramillete marchito que ya no sirve para nada. Pero un corazón sincero aprecia la Palabra, una Palabra espiritual y pura, y experimenta un deleite en ella que el hipócrita más refinado bajo el cielo nunca ha sentido ni puede sentir mientras en su alma todavía reine la hipocresía.

13. Un hipócrita no puede soportar ser puesto a prueba y escudriñado.

Un hipócrita odia la luz y prefiere ir al infierno en la oscuridad que venir a ser pesado en la balanza del santuario. Un ministerio que escudriña el alma es para un hipócrita un ministerio tormentoso. Para él no tiene valor el hombre que nunca dejará tranquila su conciencia; él sabe que es como una silla de terciopelo, terciopelo por fuera y paja por dentro; sabe que es como un sepulcro blanqueado, glorioso por fuera y lleno de huesos muertos por

dentro y, por lo tanto, su corazón se levanta y se inflama contra el hombre y el ministerio que está completamente dedicado a analizarlo y ponerlo al descubierto ante sí mismo y ante el mundo.

Pero así como el oro puro no teme al fuego ni al horno, a la prueba ni a la piedra de toque, a una balanza ni a otra, así un corazón sincero se aventura a ponerse bajo juicio, sí, bajo el juicio de Dios mismo: «Examíname, oh, Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos» (Sal 139:23). Un cristiano sincero ruega a sus amigos que lo examinen, y ruega a los ministros que escudriñan almas que lo examinen, pero sobre todo suplica fervientemente a Dios que lo escudriñe: «Examíname, oh, Dios». La palabra hebrea está en modo imperativo; él le ordena a Dios que lo escudriñe. La palabra original significa una búsqueda estricta, curiosa y diligente.

Un cristiano sincero está muy dispuesto y ansioso de que Dios lo examine a fondo, que Dios escudriñe cada rincón y grieta de su corazón: «Escudríname, oh, Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón» (Sal 26:2). Cada palabra aquí tiene su peso: «Escudríname, oh, Jehová». La palabra hebrea significa fundir, y así probar, lo que hace el descubrimiento más intrínseco y exacto. Oh Señor, deja que mi corazón y entrañas se fundan, para que se pueda saber de qué metal están hechos, ya sea oro o estaño; «pruébame». La palabra hebrea significa propiamente ver, como cuando un hombre se sube a una torre o colina alta para ver desde allí todo. «Sube alto, oh, Señor», a la torre alta, a la colina y «examina mis íntimos pensamientos y mi corazón». La palabra hebrea significa propiamente llevar y se aplica al acto de Abraham de llevarse a su hijo. Señor, dice el profeta, si al examinarme encuentras algún pecado, alguna criatura, algún consuelo, alguna posesión que ocupe tu lugar, llévate para que seas todo en todo para mí.

Un cristiano sincero sabe que Dios nunca trae una balanza para pesar Sus gracias, sino solo una piedra de toque para probar la realidad de estas. Él sabe que si su gracia es verdadera, por pequeña que sea, será aceptada por Dios y, por lo tanto, está dispuesto a someterse a la inspección más minuciosa de Dios. Al igual que los están en bancarrota no se preocupan por conciliar sus cuentas, porque saben que no hay nada, absolutamente nada, sí, una nada extrema para ellos; así también a los hipócritas no les interesa someterse a juicio, a la prueba, porque saben que todo es nada, sí, peor que nada para ellos. No tienen intención de conciliar sus estados espirituales, porque al pie del reporte se verían obligados a leer: «Arruinados, arruinados». Y, por lo tanto, así como las mujeres mayores y deformes no pueden soportar mirarse en el espejo, porque temen descubrir sus arrugas y deformidades, de la misma manera, los hipócritas no pueden soportar mirarse en

el espejo del evangelio, por temor a que se descubran y detecten sus deformidades, impiedades y maldades.

Leí que el elefante es muy reacio a entrar en el agua, pero, cuando lo obligan a hacerlo, enturbia el agua, no sea que por la claridad del arroyo pueda percibir su propia deformidad; así también los hipócritas son muy reacios a mirar dentro de sus propios corazones o en los claros arroyos de las Escrituras, no sea que aparezca la deformidad y fealdad de sus almas, para su propio terror y asombro.

Así como es una señal esperanzadora de que la causa del cliente es justa cuando está dispuesto y deseoso de someterse a un juicio, así como es una señal esperanzadora de que el oro de un hombre es genuino cuando está dispuesto a llevarlo a la piedra de toque, y así como es una señal esperanzadora de que un hombre está prosperando cuando desea conciliar sus cuentas, así también es una señal esperanzadora de que un cristiano es sincero con Dios cuando está dispuesto y deseoso de arriesgarse a ser probado por Dios, cuando está dispuesto a conciliar sus libros, sus cuentas, para ver cuánto vale para el otro mundo.

Agustín habla de una persona con discernimiento que dijo que valoraba mucho más el breve tiempo que apartaba constantemente cada día para el examen de su conciencia, que el resto del día que pasaba en sus extensas controversias. De todos los deberes de la religión, al hipócrita le aterra más el deber del autoexamen y el de arriesgarse a ser examinado y probado por Dios.

Aunque un hipócrita pueda engañar a todo el mundo, como ese Alejandro falso en la historia de Josefo, Augusto no será engañado; el gran Dios no será engañado, porque Sus ojos son rápidos y penetrantes en todas las cosas, personas y lugares. Así como los ojos de un cuadro bien dibujado están fijos en ti, oh hipócrita, sin importar hacia dónde te vuelvas. Vale la pena mencionar lo que dijo alguien: Si no puedes esconderte del sol, el ministro de la luz de Dios, ¿cuán imposible será ocultarte de aquel cuyos ojos son diez mil veces más brillantes que el sol? El ojo de Dios resulta muchas veces temible para un hipócrita, lo que lo hace renuente a arriesgarse a ser probado por Dios. Desde el inicio del mundo ningún hipócrita ha amado ni disfrutado ser sometido al escrutinio y la prueba de Dios.

Y así te he mostrado los peldaños de la escalera de Jacob a la que ningún hipócrita bajo el cielo puede subir mientras siga siendo hipócrita.

